**Domingo XIV del Tiempo Ordinario (07-07-24)**
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Nos ha tocado, en el Evangelio de Marcos (6, 1-6), esta referencia a la enseñanza de Jesús que nos hace empalmarlo con la fiesta civil que ayer se ha celebrado: el Día del Maestro. Y vamos, entonces, a meditar cómo es la enseñanza de Jesús y por qué es que no es percibida como un don preciado por parte de su propio pueblo y qué conclusiones podemos sacar para nuestra vida.

Quisiera que todos tengamos en cuenta que, cuando ocurre un desprecio por una persona, hay que tener en cuenta si realmente hay razones para eso o no. Y muchas veces se desprecia lo interesante de las personas, especialmente, si son sencillas y humildes y, sin embargo, ellas tienen mucho que decirnos. Hay un texto del libro de Qohelet que nos dice que, en una situación terrible, había un anciano sabio que podía haber salvado al pueblo, *¡pero nadie paró mientes él!* y, entonces, el pueblo fue destrozado. Había un hombre -dice el Qohelet - que tenía la sabiduría para poder haber evitado una situación de violencia y nadie paró mientes, nadie recapacitó en su palabra. Y eso es lo que pasa con Jesús, que vive una situación de crisis, de crisis casi interminable.

Ustedes saben que el tiempo que vivió Jesús está muy abocado a contradicciones y líos por la invasión romana y por la cantidad de ideas que se habían formado los hebreos para ver cómo iba a resolverse eso a través de la presencia del Mesías, y surgieron diversas ideas de Mesías y todos los hebreos se peleaban entre

ellos. Eso terminó en la guerra judía y, a inicios de la era cristiana, ocurrió la deportación de los judíos en masa y, desde allí, transcurrieron dos mil años y solamente regresaron los israelitas a Israel ya por obra de la influencia de Estados Unidos; pero ellos estaban condenados a una especie de peregrinación. Por eso, la primera Iglesia, que tuvo origen judío, es una Iglesia peregrina, es una Iglesia que camina con la gente deportada de Israel y luego peregrinará en diversos pueblos. Y eso generó eso que llamamos la "sinodalidad" y que el Santo Padre desarrolla y quiere en la Iglesia para que, en las diversas situaciones dispersos en el mundo, anunciemos la unidad del amor en el Señor y del amor entre hermanos, hijos del mismo Padre.

Cuando hay una situación de crisis de ese tipo en donde todo el mundo se pelea, eso se contagia. Y mucho más se contagia en los pequeños pueblitos. Él, Jesús, era de Nazaret (todavía en esa época no era la ciudad enorme que es hoy día, sino un pequeño pueblito donde había vivido desde chico), y es verdad que había nacido en Belén, pero se crió en Nazaret. Nazaret, inclusive, tiene un nombre muy lindo, de ahí viene la palabra "nazareno", que significa "el pobre", "los pobres", "los indefensos", "la gente marginada". Y claro, por eso, en el Evangelio de Juan se dice: *"¿Puede de Nazaret salir algo bueno?"*, porque todos eran gente sencilla. Y es curioso que en un pueblo pobre y sencillo la gente no reconozca que, dentro de ellos, hay alguien tan pobre como ellos, que es Jesús, el hijo del carpintero (y que hoy día se habla del *hijo del técnico*, porque la palabra que usa Marcos no es *carpintero*, sino *tektón*, que significa *técnico*). Y es que Jesucristo era un "mil oficios", sabía de construcción, sabía de hacer casas, sabía de distintas cosas y, entonces, Él era un "mil oficios". Entonces, la pregunta sobre el hijo "del mil oficios" o del carpintero es una especie de

desprecio por la procedencia de Jesús. Aunque lo admiran porque hablaba con un sentido muy profundo, lo desprecian porque les parece “muy de poca cosa”, muy de bajo nivel, muy de mil oficios. No comprenden que de alguien así pueda surgir cosas interesantes.

Y, por lo tanto, aquello que hablaba, que es que “Dios está cerca”, que nos ama y que, por eso, hay que tener solidaridad con la gente (y Él la tenía, curaba a la gente, ayudaba), les parece un escándalo y no creen en Él. Y el Señor les recrimina, ¿Es que esta gente no tiene fe? Y este es el gran problema nuestro: cómo aprendemos a tener fe a partir del Dios que está escondido en las personas que tienen una vida de margen; cuánto nos puede enseñar un pueblo sencillo que, por experiencia y sabiduría, tiene mucho qué decir ante la realidad que vivimos. Y, por eso, se escoge muchas veces a personas de muy alto nivel para decir: “sí, ese sí sabe”, y a veces no es así, sobre todo, en el último tiempo tenemos a mucha gente ocupando en diversas partes del mundo muchos cargos, pero no se nota que sepan cómo se solucionan las cosas.

Jesús quiere hacerles ver que en el corazón del pueblo Dios está generando una esperanza y que, por lo tanto, hay que prestar atención a esa generación de esperanza. Para darles un ejemplo, eso es lo que sucedió con la iniciativa de las señoras que fundaron el vaso de leche, porque se pudo solucionar un problema que realmente era muy grande. Y es lo mismo que ocurrió hace poco con las hermanas con las ollas comunes. Nuestro pueblo tiene una sabiduría que es casi divina porque soluciona realmente los problemas y se organiza y hace posible hacer cosas lindas; y ojalá todos tuviéramos esa capacidad de escuchar la buena sabiduría que hay en el pueblo.

Pero un pueblo también puede dejarse contagiar por este desprecio de sí mismo, y formarse una idea de que “no valemos nada”. Y esa es la imagen que normalmente ocurre por el prejuicio de algunos que dirigen y le hacen creer a la gente que no vale.

Nosotros mismos en la Iglesia, cuando hemos formado en la catequesis o en la manera de formar, a veces, empleamos métodos que no son los de Jesús. Estamos muy acostumbrados a formar solamente en la doctrina. ¿Y qué tiene la doctrina? Que nos aclara las cosas con cuatro o cinco conceptos, pero no es suficiente, porque Jesús no explicaba solamente la doctrina, al contrario, Jesús predicaba con autoridad porque ponía ejemplos, se acercaba a la gente, hacía gestos y enseñaba de otra manera.

Eso lo decíamos ayer en la misa con los maestros: a veces, enseñamos solamente conceptos para que los chicos se pongan todos en orden y todos repitan lo mismo. Esa educación “bancaria” es la que se ha ido poco a poco superando, pero ha vuelto, ha vuelto porque ahora hay predilección por los números, y los números también se aprenden de memoria. Se hace ecuaciones, se hace solución de problemas y es una cosa casi algebraica y matemática exacta, pero la vida es distinta, la vida no es exacta, la vida es compleja, la vida requiere parábolas, requiere comparaciones, requiere sabiduría, porque requiere paciencia y comprensión. Y uno de los problemas más grandes que tenemos hoy día es el desprecio por la sabiduría. Y nos han hecho creer que nosotros no tenemos nada que aportar en esta situación y que solamente tenemos que amoldarnos a lo que se nos manda. Los católicos también nos hemos basado en eso porque, en vez de conversar, en vez de suscitar la iniciativa de la reflexión, solamente hemos formado “catecismalmente”.

Acuérdense que el terrorismo formó también en forma casi “catecismal” y por consigna a los que iban a tirar bombas, como sucedió contra aquella de las principales agentes y servidoras del vaso de leche que fue María Elena Moyano. Cómo le tiraron la bomba y cómo la despedazaron, y fue un niño el que le entregó esa bomba, un niño que fue usado por alguien que lo manipuló con consignas.

Justamente, el gran problema a resolver es aprender a tener una educación como la de Jesús, que nos permita desarrollar libremente el pensamiento, la reflexión, la opinión, ponernos de acuerdo y avanzar. Un poco como lo hacemos en los vasos de leche y las ollas comunes: ponernos de acuerdo, ver los problemas juntos y resolverlos con cariño, con amistad, con perspicacia, con visión de futuro, viendo hacia lo lejos.

Cuando se está en una situación de crisis y alguien mete en la cabeza que todos somos inútiles para eso y solamente hay unos pocos “sabios” y “técnicos” que dicen que van a resolver esas cosas, entonces, desaparece la iniciativa, nos declaramos pasivos y no hay nada que hacer. Pero, si ante una situación reaccionamos, como a veces lo hacemos en nuestra vida, en la misma casa, ¡cómo sabemos inventar algo para salir adelante!, y es distinto.

Hay una sabiduría presente que, además, Dios ha suscitado en todo ser humano para que no comamos el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, sino que lo usemos para discernir, lo usemos para reflexionar. Siempre el Señor quiso una religión inteligente y, especialmente, la quiso cuando manda a Jesús para volvernos a todos diestros en donde podamos participar y poder conversar de las cosas. Cuando hay una situación de crisis,

entonces, perdemos el norte porque todo nos parece que está mal y empezamos a chismear los unos de los otros, y empezamos a desvalorar lo que está presente y que puede ser muy valioso.

Hoy día tenemos que valorar las iniciativas distintas que en este tiempo se están haciendo por parte de distintas personas, las personas que están viendo el problema del agua, las personas que están viendo el problema de las regiones, las personas que están viendo cómo hacemos una Iglesia sinodal en las parroquias, en donde se conversen las cosas y donde no haya una especie de cura sabelotodo que es el que manda y todos obedecemos. El Papa ha dicho que la Iglesia es constitutivamente sinodal y todos tenemos que aprender a participar.

Esperemos que, así como Jesús enseñaba, enseñaba didácticamente, porque usaba la expresión, griega, dice el *διδάσκαλος* (*didaskalos* = el que enseña), hacía *didaskalía*, o sea, hacía enseñanza didáctica, capaz de acercarse y ayudar a comprender las cosas desde la experiencia de la gente. Esa es la sabiduría de quien, viviendo la experiencia, puede compartirla y puede ser realmente un gran maestro. Esperemos que todos los que hayamos tenido experiencia con nuestros maestros recordemos lo mejor que nos enseñaron, y no recordar que nos tiraron el libro en la cabeza para que aprendamos, sino cuando nos enseñaron a comprender, a pensar, a reflexionar, a comprender nuestra vida, con sus consejos, con su amistad, como lo hacen las mamás y los papás que quieren realmente a sus hijos.

Que Dios los bendiga a todos y a todas en este día en el que Jesús nos enseña a enseñar. Y enseñar es siempre revelar al

Dios que está escondido, que nos ama y que tenemos que desentrañar y reencontrarlo cada vez dinámicamente, progresivamente y no con aclaraciones definitivas, sino progresivas; basándonos en lo más importante que es el amor, pero, simultáneamente, reinterpretándolo en cada vez y en cada oportunidad.

Amén